



BETTA

niños de las tres edades”, señala De Mirandés.

Por eso, una vez detectada la superdotación —“lo antes posible, porque la disincronía se cronificará cuando cristaliza la inteligencia, alrededor de los 16 años”, aconseja el profesor—, hay que conseguir que la escuela del crío asuma su diferencia y se adapte al niño.

Ésto, afirman en el Institut, habrá de hacerse con “una adaptación curricular al niño y enseñando al profesor a organizar un aula con alumnos superdotados”. “No sólo piensan rápido, sino también de otra manera; por eso hay que tener en cuenta su estilo de aprendizaje”, aseguran.

Aprender investigando

El superdotado asimila “por el descubrimiento y la investigación permanente”. Se trata de un “aprendizaje autorregulado”, afirma De Mirandés, de modo que se le planteen “retos para que dé saltos intuitivos y progrese”. Esto, señala, beneficiará a toda la clase “porque va en la dirección de lo que promueve el Proceso de Bolonia y mejora la interacción entre todos los alumnos”.

En Huerta del Rey insisten además en que “se debe facilitar el salto de curso para estos niños y perder este prejuicio que no existe a la inversa con los repetidores”, sostiene Benito. El profesor catalán, en cambio, pone el acento en la integración en el propio curso.

Juan Luis Miranda, psiquiatra del Hospital de Martorell (Barcelona) apunta otra desventaja que sufren los superdotados. Asegura que “a menudo se les diagnostica hiperactividad y otros trastornos erróneamente, porque estas personas son las únicas que muestran síntomas distintos de estas enfermedades”. Miranda señala también que el córtex cerebral de los superdotados se desarrolla de modo distinto al del resto. Allí reside la capacidad de reflexión del ser humano.

Tomás, un informático de 34 años, supera los 180 de cociente. Es lo que los técnicos han denominado tradicionalmente un “genio”. Siempre ha destacado en “matemáticas, física y química”, según contaba el pasado jueves en Madrid. Tomás asegura que sus iguales se sienten “como robots, personas que se van aislando desde el momento en que te empiezan a herir”. Así, el nirvana del superdotado es “pasar inadvertido, dejar de ser diferente”, afirma Tomás. Justo lo que buscan los padres de estos niños. “Queremos que sean felices, que se integren totalmente, por lo que acabas no dándole importancia al dato del cociente”, suspira Manuel. *

Más información

— SOBRE EL INSTITUT CATALÀ DE SUPERDOTACIÓ I ALTES CAPACITATS
<http://instisuper2.iespana.es>

— MENSA, ASOCIACIÓN DE PERSONAS CON UN ALTO COEFICIENTE INTELECTUAL
www.mensa.es

UN DESARROLLO TEMPRANO

Los síntomas que indican que tu hijo puede ser superdotado

> EL HABLA

La psicóloga Yolanda Benito, del centro Huerta del Rey de Valladolid ha comprobado que estos niños pronuncian sus primeras palabras “a los 6-8 meses, cuando lo habitual es hacerlo entre los 10 y los 11 meses”.

> UNA CONVERSACIÓN

El niño es capaz de mantener una charla utilizando la lógica a los 18 meses. Otros no lo hacen hasta los 24 o los 30 meses.

> EL ABECEDARIO

Estos chavales conocen las letras a edades muy tempranas. Algunos, “de un modo espontáneo y sin que se las enseñen, con dos años y medio”, asegura Benito.

> PREGUNTAS Y CONCEPTOS

El niño superdotado a menudo se cuestiona el mundo y llega a cavilar sobre asuntos trascendentes. ¿Dónde van los muertos? ¿por qué las hojas de los árboles cambian de color?, preguntan cuando apenas tienen un año y medio. ¿Qué es un héroe? El superdotado de seis años, en vez de pensar en Batman responderá: “Uno que salva a otro y los demás se lo reconocen”, cuenta Benito.

> PROBLEMAS EN LA ESCUELA

Si tu hijo es inteligente, en el sentido de espabilado, pero suspende, y además es solitario o tiene a relacionarse más con los adultos, podría ser superdotado.

“A veces los jefes te pisan si te ven más brillante”

En primera persona



Cristina Moix, editora. Es de Terrassa, Barcelona.

Tiene 48 años.

A. D. MADRID

“Ser inteligente es una casualidad, como el que tiene los ojos verdes”. Cristina Moix apuesta por la “normalidad” de la condición de superdotado, y ese es su discurso, totalmente alejado del improbable orgullo por ser más lista. La niña Cristina era “muy curiosa” y con seis años “estaba muy interesada por eso de la técnica”, abrumando a su padre con preguntas cada vez que sacaba las herramientas para reparar algo.

En clase terminaba las divisiones en un pispás para distraerse a continuación con lo que fuera. ¿Resultado? que acababa suspendiendo. “A veces piensas que eres tonto, pero no por más corto, sino porque no sa-

bes adaptarte a los demás”, confiesa Moix, que cree en el estímulo de los niños más inteligentes “pero nada más, sin hacer que se sientan distintos, para que no sufran; hay que enseñarles a convivir con los demás”.

La editora no habla de superdotados sino de *mensistas*, miembros de Mensa, una de las asociaciones que les agrupa, quizá con el ánimo de pasar aún más inadvertidos —“además es muy positivo conocer *mensistas* porque dejas de sentirte un bicho raro”—. Así, destacar también puede causar problemas en el trabajo: “No solemos tener un especial éxito laboral porque a menudo los jefes te pisan si te ven más brillante”.

Ser más inteligente radica, según Moix en que “estás todo el día pensando en alternativas, en que analizas un problema y llegas antes que otros a las soluciones”. Este darle siempre al tarro —“es como si tuvieras ruedas dentadas en la cabeza que nunca dejan de funcionar”— llega a ser duro “porque nunca estás contento del todo con lo que haces, porque siempre te cuestionas”.

El retraimiento que Moix aprecia en muchos de sus compañeros de Mensa, es “más grande entre las mujeres”. “El macho dominante espera que la mujer cuide de la cueva y los hijos, así que es complejo para nosotras convivir con un hombre menos inteligente”, concluye. *

“No todos tenemos que ser Bill Gates”

En primera persona



Fernando García, experto en Informática. De Artaiz, Navarra. Tiene 39 años.

A. D. MADRID

“En diez minutos manejo un programa que no he visto en mi vida”. Habla Fernando García, experto informático que nunca ha estudiado esta materia en la universidad. Periodista de formación y empresario de vocación, Fernando vive rodeado de mentes prodigiosas, o al menos, con un coeficiente intelectual muy superior.

Tiene el carné número 25 de socio de Mensa y fue uno de los pioneros de esta asociación en España. Fundada en 1946 en Inglaterra, Mensa tiene 110.000 miembros en 100 países. Todos con algo en común con Fernando: presentan un coeficiente intelectual superior al del 98% de la población. Allí encontró “gente con la que te en-

tiendes para pasarlo bien juntos”. Allí conoció a su mujer, Judith, en un grupo de *mensistas* aficionados a la montaña. “Hombre, no es que comamos hablando de matemáticas, pero la verdad es que no me imagino con alguien con quien no pudiera mantener una conversación al mismo nivel”, afirma.

Fernando fue un niño precoz, pero no por especialmente brillante en el cole sino por la variedad y profundidad de sus aficiones en ese periodo. “Cuando mis compañeros leían a Michael Ende yo estaba con Asimov y novelas de vaqueros de Estefanía que me quitaban porque eran *de mayores*”, recuerda. “Pero no estudiaba mucho porque entendía todo rápidamente y no tenía mucho tiempo para eso”, añade.

La carrera de Periodismo tampoco fue un gran estímulo: “Me defraudó porque esperaba más enseñanzas prácticas y en vez de eso me encontré con una continuación del colegio”. Iba poco por la facultad, pero en seguida supo sacarle utilidad a su situación. Montó un negocio de venta de apuntes que fue el embrión de su primera empresa.

En todo caso, Fernando advierte de que “el éxito o el fracaso no se puede medir en términos económicos sino de satisfacción personal”. Y añade, “no todos tenemos que ser Bill Gates”. *